R. DE CAMPOAMOR

HUMORADAS



BARCELONA.—LÓPEZ, EDITOR

Rambla del Centro, 20.

.50

William Morton Dey.

Madrid, 1 de agosto de 1906

COLECCION DIAMANTE

III



COLECCIÓN DIAMANTE



R. DE CAMPOAMOR

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

HUMORADAS

Y

CANTARES

MODERNA EDICIÓN

BARCELONA

ANTONIO LÓPEZ, EDITOR, LIBRERIA ESPAÑOLA

RAMBLA DEL CENTRO, N.º 20

A. López Robert, impresor, Asalto, 63.



AL SEÑOR

D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

I

Ahora que mi queridísimo compañero el sabio por antonomasia, Sr. Menéndez Pelayo, escribe los fundamentos de una estética ideológica, le dedico estas *humoradas*, porque además de satisfacer con esto un sentimiento de mi corazón, tengo el egoísmo de creer que en esta ocasión me defienda, si lo halla justo, de los censores apasionados que de seguro aparecerán, como aparecen siempre que yo me permito poner título nuevo á alguna de mis obras.

Soy el hombre menos afortunado de la tierra para bautizar géneros literarios. Cuando publiqué las *Doloras*, el nombre pareció demasiado neológico. Salieron á luz los *Pequeños*

poemas, y el título fué muy censurado por razones que nunca he comprendido. El nombre de *Humoradas*, ¿parecerá también poco propio?

¿Qué es *humorada?* Un rasgo intencionado. ¿Y *dolora?* Una humorada convertida en drama. ¿Y *pequeño poema?* Una dolora amplificada. De todo esto se deduce que mi modo de pensar será malo, pero como ya dije alguna otra vez, no se me podrá negar que por lo menos es lógico.

II

Y como yo nunca quiero ocultar mis pretensiones, aunque estén impregnadas de un poco de orgullo, pasión que tanto detesto, debo decir que en vez de quemarlas, he recogido estas fruslerías poéticas, para completar con ellas un sistema de poesía que abrace desde el pensamiento aislado hasta el poema. Será imposible que ningún autor de *segundas intenciones* escriba nada que no esté comprendido en el círculo poético que acabo de cerrar con estas ideas volanderas. Es verdad que, además de este círculo poético de carácter puramente psicológico, hay otro, enteramente contrario, que se limita á hacer sobre los asuntos apreciaciones de naturaleza exclusivamente física. Considerados en su esencialidad, no hay más que dos géneros de poesía en el mundo, que son *el de más acá y el de más allá* de las cosas.

Yo sé bien que quedan fuera de este círculo poético que yo prefiero, producciones admiradas que encantan á muchas gentes por su misma objetivación é infecundidad. Pero yo que admito, aunque sin entusiasmo, el género

que ve en la forma, no el continente, sino el contenido del arte, pido un poco de tolerancia para el que pretende que á la sencillez en la forma se una un poco de malicia en el fondo.

Respeto la admiración que á algunos les produce en las obras de ingenio la delimitación empírica de esas líneas que pueden ser comprendidas por los sentidos corporales del tacto y de la vista, con tal que me permitan reservar mi gusto especial por las reverberaciones que iluminan las sinuosidades del corazón humano y los horizontes que caen del otro lado de la vida material.

Uno de los economistas contemporáneos más notables ha escrito un artículo muy filosófico titulado: «Lo que se vé y lo que no se vé.» Este título, mejor que aplicado al comercio de las habichuelas, se podía relacionar con los sistemas poéticos, el viejo y el nuevo; el viejo, que se puede llamar el de *lo que se vé;* y el nuevo, que lo llamaremos el de *lo que no se vé.* El viejo no necesita explicación: el nuevo consiste en ver intuitivamente lo que no se alcanza á primera vista; en hacer notar al lector el punto en que las ideas iluminan los hechos, mostrándole el camino que conduce de lo material á lo ultra-ideal.

No me explico por qué muchos lectores prefieren en el arte lo superficial á lo hondo. Y debo confesar, con mortificación de mi amor propio, que hasta genios que han solido ver la inmensidad en el átomo, son refractarios á dejar transparentar en sus producciones las vistas que dan á la región de lo indefinido.

III

A un gran poeta extranjero no le pudo hacer comprender mi amigo el Sr. D. Eugenio de Ochoa lo que era una dolora. Extrañándolo yo mucho, decía el Sr. Castelar que, dadas las cualidades del insigne escritor, él se lo explicaba perfectamente. Otros dos grandes poetas españoles se empeñaron en no querer entender lo que eran doloras, y lo consiguieron. Cuando se publicaron las primeras, sometiéndolas á las reglas de una retórica convenida, y en la cual yo nunca he podido convenir, las fueron dividiendo en epígramas, letrillas, epitafios, etc. Estos inmortales distraídos clasificaron las doloras por su contextura externa, sin fijarse en el lazo interno común que las unía en el fondo, que era la intencionalidad.

En el actual momento histórico, ya verá el lector como también estas naderías casi epigráficas, todos los retóricos retrospectivos las llaman pareados, cuartetos ó quintetos, y acaso, acaso, solo aleluyas; y, sin fijarse en su carácter intrínseco, rechazan el título de *Humoradas* que yo les doy. Siempre la exterio-

ridad sobreponiéndose á lo esencial. Una dolora puede ser madrigal, epígrama, etc., sin dejar de ser dolora; mientras que no son doloras ninguno de los epígramas y madrigales que conocemos. Lo mismo digo de este nuevo título. Una *humorada*, sin dejar de serlo, puede estar escrita en un pareado, ó en un cuarteto, pero no son humoradas la mayor parte de los cuartetos y pareados que se han escrito hasta ahora.

Pero yo, que tengo el honor de dedicar este librito al Sr. Menéndez Pelayo, á imitación suya, voy, á propósito de estas humoradas, á escribir también un poco de estética trascendental.

IV

No quisiera que el lector al hallarse con estas bagatelas escritas para los álbums y los abanicos de mis amigas, ó recogidas de los retazos sobrantes de doloras y poemas, creyese que las he coleccionado como cosas dignas de ver la luz pública.

Las he reunido coleccionándolas hoy con las que he publicado hace tiempo con el nombre de *cantares*, porque, además de cumplir los deseos de un apreciable editor que me pedía un libro cualquiera, me propongo rehabilitar con esta publicación, en lo que sea posible, esa poesía, ligera unas veces, intencional otras, pero siempre precisa, escultural y corta, que nuestro eminente poeta el Sr. D. Gaspar Núñez de Arce, ha estigmatizado con la expresión desdeñosa de—«Suspirillos líricos, de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados.» Creo que el pensamiento del Sr. Núñez de Arce ha sido mal interpretado, pero el hecho es que desde que él lo ha escrito, ciertos críticos á quienes se les puede calificar de sacristanes de *amén,* se complacen en llamar «suspirillos

germánicos» á toda composición que no se estira hasta ensuciar con las botas la cara de los oyentes. En consecuencia, rebatiendo á los que han entendido mal la expresión de mi ilustre compañero, les diré que esos «suspirillos germánicos» siempre serán los cantos populares de las clases ilustradas.

Esa poesía que algunos llaman *lapidaria*, es la más propia para que se graben los pensamientos, no sólo en las piedras, sino en las inteligencias.

Hasta que se halla la forma elíptica que las sintetiza, las epopeyas, las tragedias, los poemas y las crónicas, son creaciones de una utilidad contestada y de una pesadez incontestable.

Una décima de Calderón y unas cuantas frases de Shakespeare suelen ser el resumen de todo su modo de pensar y de sentir. Borrad esta décima y estas frases, y desterraréis del comercio de la vida las grandes epopeyas que más conmueven el corazón y la cabeza de los que sienten y piensan.

Como desgastan los ríos las piedras de su fondo, la marcha del tiempo oxida, descomponiéndolos, los pensamientos de los grandes monumentos literarios, unos por insustanciales, otros por anacrónicos, estos por demasia-

do solariegos y aquellos por poco característicos; y sólo va dejando, como ruinas imperecederas de las babilonias artísticas, rápidas inscripciones, relámpagos de ideas, que parecen ecos de las palpitaciones del corazón humano.

V

Pero volviendo al asunto principal, me preguntará alguno: ¿Por qué á esas poesías cortas, tristes, risueñas, galantes ó satíricas, se las llama *humoradas?* Porque en la mayor parte de esas expansiones de genio abierto, que el vulgo suele llamar salidas de tono, prepondera la tendencia cómico-sentimental que se entiende por *humorismo.*

Llamo *humoradas* á los pensamientos adolorados, que, por carecer de forma dramática no se deben incluir entre las doloras.

Y ¿qué es *humorismo?*

Una crítica inconsiderada que cruza á campo-traviesa los dominios de la literatura sin el freno de la correspondiente instrucción, á fuerza de oirlo repetir ha adquirido la costumbre de llamarme *escéptico,* sin tener en cuenta que el escéptico, ya subjetivo, ya objetivo, ya absoluto, es el que tiene la duda por sistema, y que yo, bien avenido con la vida real, creo en lo único en que se debe creer, que es en las ideas. ¿Qué noción tendrán estos clasificadores de lo que es *escepticismo?* ¿Me llaman

escéptico porque yo me suelo reir de cosas que ellos creen que son de llorar? Esto de reirse del dolor propio y del ajeno, más bien se podría llamar estoicismo. Pero como no quiero enfadarme mucho con estos clasificadores, que cojen la ciencia al oído, porque sé que es muy común confundir el escepticismo con el humorismo, y el humorismo con la escentricidad, les diré que es el colmo de la injusticia llamar escéptico á un espiritualista tan exagerado como yo, que cree que lo que hay más natural en el mundo es lo sobrenatural.

Si el escepticismo no cree en lo que dice, el humorismo hasta se ríe de lo que cree, no dejando de creer nada de lo que dice.

¿Qué es humorismo? La composición de situaciones, de ideas, actos ó pasiones encontradas. La posición de las cosas en situación antitética suele hacer reir con tristeza.

César, tapando con sus cenizas el hueco de una pared, y Don Quijote volviendo á su casa molido á palos por defender sus ideales mientras su ama y su sobrina, representantes del sentido común, lo reciben cómodamente comiendo pan candeal y haciendo calceta, son dos rasgos de humorismo que, además de hacer reir, llenan los ojos de lágrimas.

La frase *buen humor*, genuinamente espa-

ñola, ha creado un género literario, que es sólo peculiar de los ingleses y de los españoles, y en el que mezclando lo alegre con lo trágico, se forma un tejido de luz y sombra, á través del cual se ven en perspectiva flageladas las grandezas, y santificadas las miserias, produciendo esta mezcla del llanto y de la risa una sobreexcitación nerviosa de un encanto indefinible.

El humorismo francés es satírico, el italiano burlesco, y el alemán elegíaco. Sólo Cervantes y Shakespeare son los dos tipos del verdadero humorismo, serio, ingenuo, y candoroso.

Se ha dicho que la burla es la retórica del diablo.

Y, efectivamente, debe haber en este género literario algo de intelectual y encantadoramente diabólico, porque los escritores humoristas tienen sobre los exclusivamente serios, y los totalmente alegres, una superioridad de miras incontestable; pues cuando un escritor sólo se propone hacer reir mucho, suele acabar por hacerse risible, así como cuando un hombre por demasiado serio es tonto, es tonto de veras. No hay duda que el humorismo, que es un carnaval reentrante en la cuaresma, parece que domina los asuntos desde más altu-

ra, y que se hace superior á nuestras ambiciones y á nuestras finalidades, pintando á la locura con toga de magistrado, y á la muerte con gorra de cascabeles.

El talento que, alegre y tristemente, vé en lo pequeño la imagen de lo grande, y en lo grande el trasunto de lo pequeño, es el titiritero que al són de su tamboril hace bailar grotescamente á todas las pequeñas y grandes figuras humanas, como si fuesen muñecos de resorte; es el tipo, que, según una frase vulgar, es capaz «de hacer burla de un entierro;» el inventor, en fin, de la filosófica danza macabra, ese baile de candil dado en los infiernos, y al cual asisten, presididos por la muerte, reyes con gregüescos de payasos, bufones con tiaras, y papas con miriñaques.

Sí, como dice Cervantes, el hacer reir es de grandes ingenios, el hacer reir y llorar al mismo tiempo es un don escepcional que sólo ha concedido Dios á él y á Shakespeare, los dos grandes pensadores más humorísticos del mundo.

Y dejo este asunto, sólo indicado por mí, para que el Sr. Menéndez Pelayo acabe de decirnos con su profundo saber lo que es *humorismo*, esa alegría unas veces enternecedora y otra siniestra; esa espada de dos filos que lo

mismo mata á los hombres que á las instituciones; ese gran ridículo que convierte en polichinelas á los héroes mirándolos desde la altura del supremo desprecio de las cosas.

VI

Pero me he distraído y veo que para unas producciones tan homeopáticas como estas mías, el lector dirá con razón que he escrito una dedicatoria muy pretenciosa y demasiado larga. Por eso arrepentido de ser tan hablador, concluyo diciendo que, aceptando la definición que da el diccionario de la lengua castellana de la palabra *frase,* diciendo—«que es una locución enérgica con que se significa más de lo que se expresa»—insisto en creer que las poesías de forma condensada son más apreciables por la dificultad de tener que decir en ellas *más de lo que se expresa.* El trascendentalismo en el arte consiste en estas vistas á lo infinito que entreabren las frases cortas de algunos autores de arranques proféticos. No me puedo consolar del tiempo que pierden algunos lectores devorando á autores insustanciales que, al ocuparse en lo particular, jamás dejan entre renglones sobreentendido lo general.

Pero mi guerra declarada al género ampuloso y superficial veo que me vuelve á distraer haciéndome gárrulo, machacón y acaso injusto.

El arte en general, y la poesía en particular, ganan en intención lo que pierden en extensión.

Suprimid algunas frases inspiradas de la historia, y las guerras de la antigua Grecia quedarán reducidas á unos pequeños altercados de patanes de lugar, y la revolución francesa á una orgía de caníbales.

El ingenioso escritor D. Felipe Picatoste ha escrito un libro, tan ameno como profundo, *sobre las frases célebres*, y en él ha probado de una manera evidente que es una tendencia del espíritu humano la de ir condensando los pensamientos, desde los poemas hasta los refranes y desde los refranes hasta las frases.

No hay nada sublime que no sea breve. Cuando se acabe el mundo, ¿qué quedará de nuestras agitaciones, deseos, esperanzas, ambiciones y temores? Nada, ó casi nada. De todas nuestras habladurías sólo quedarán cuatro frases célebres, hasta que algún Homero sideral, señalando con el dedo el vacío que deje el mundo en el espacio, reduzca las cuatro

expresiones que flotarán sobre el lugar del planeta extinto, á una sola frase parecida á esta: «¡allí fué Troya!»

CAMPOAMOR



HUMORADAS



PRIMERA PARTE



HUMORADAS

PRIMERA PARTE

I

La niña es la mujer que respetamos,
Y la mujer la niña que engañamos.

II.

Según creen los amantes,
Las flores valen más que los diamantes.
Mas ven que al extinguirse los amores,
Valen más los diamantes que las flores.

III.

Al pintarte el amor que por tí siento,
Suelo mentir, pero no sé que miento.

IV.

Te sueles confesar con tu conciencia,
Y te absuelves después sin penitencia.

V.

Algún día, á pesar de tus encantos,
Te matará otro á tí cual tú me matas,
Que, en materia de ingratos y de ingratas,
Venimos á salir tantas á tantos.

VI.

Ser fiel, siempre que quieres, es tu lema,
Pero tú ¿quieres siempre? He aquí el problema.

VII.

Aunque el amor suele morir de hartura,
Lo que nunca se hastía es la ternura.

VIII.

No te ablandes oyendo sus acentos,
Que el diablo en ocasiones
Acalora los buenos sentimientos
Para hacer cometer malas acciones.

IX.

Aunque tú por modestia no lo creas,
Las flores en tu sien parecen feas.

X.

Todo en amor es triste,
Mas, triste y todo, es lo mejor que existe.

XI.

Hay quien pasa la vida
En ese eterno juego
De hacer caer á la mujer, y luego
Rehabilitar á la mujer caída.

XII.

Te vas á confesar, y el cura dice
Que á tí, en vez de absolverte, te bendice.

XIII.

Si la codicia de pedir es mucha,
El hombre reza, pero Dios no escucha.

XIV.

El amor es un himno permanente
Que, después que enmudece el que lo canta,
Otra nueva garganta
Lo vuelve á repetir eternamente.

XV.

Miré... pero no he visto en parte alguna
Ir del brazo la dicha y la fortuna.

XVI.

Cual todas, tú pretendes, como Elena,
Ser amada por bella y no por buena.

XVII.

Ese ilustre mortal lleno de hastío
Era pobre al nacer; mas, rico ahora,
Mirando á su palacio, siente frío;
¡Cuando se acuerda de su choza, llora!

XVIII.

Te ví una sola vez, pero mi mente
Te estará contemplando eternamente.

XIX.

Purifica el olor de la opulencia
Cuando huele á tomillo la indigencia.

XX.

Tengo, Amalia, un secreto aquí escondido
Que me hará enloquecer:
Escúchale... más cerca... así... al oído...
—«Aunque soy yá tan viejo, has de saber...»

XXI.

Es tu historia en mi vida entremezclada
Una sombra, en la sombra condensada.

XXII.

Cuando oigo tus acentos
Se vuelven mis ideas sentimientos.

XXIII.

Te casaste y... ¿lo ves? Ya te decía
Que no iguala al afán con que se ansía
La dicha que se alcanza;
Por ardiente que sea la esperanza,
Al convertirla en realidad es fría,

XXIV.

Si no quieres tu paz ver alterada,
Cree mucho en Dios, y en las mujeres nada.

XXV.

¿Por qué amé á aquella pérfida? Lo ignoro.
La esperanza es infiel y yo la adoro.

XXVI.

Tu discreción es tanta,
Que en tí, lo menos bello, es lo que encanta.

XXVII.

Al decirte hoy adiós, Hortensia mía,
Permite á mi amistad que te declare
Que, como el hijo de Sión decía:
«De mí me olvide yo, si te olvidare.»

XXVIII.

La música es el cielo prometido.
Cuando un pintor retrata á un elegido,
Lo envuelve en nubes de oro,
Y lo pinta subiendo embebecido
Oyendo de los ángeles el coro.

XXIX.

Más que cuestión de suelo,
Es la mujer una cuestión de cielo.

XXX.

Vive, niña, advertida,
Que el que ama tiene cerca la locura,
Y que acaba muy pronto con la vida
La fuerza de una idea en calentura.

XXXI.

¡Qué formas de belleza soberana
Modela Dios en la escultura humana!

XXXII.

No puedo ver con ánimo sereno
Borjas, cual tú, tan puras y apacibles;
Pues juzgo, como hay Dios, menos temibles
Las Borjas del puñal y del veneno.

XXXIII.

Resígnate á morir, viejo amor mío;
No se hace atrás un río,
Ni vuelve á ser presente lo pasado.
Y no hay nada más frío
Que el cráter de un volcán, si está apagado.

XXXIV

Es la fea graciosa
Mil veces más terrible que una hermosa.

XXXV.

Se matan los humanos,
En implacable guerra,
Por la gloria de ser, en mar y en tierra,
Devorados por peces y gusanos.

XXXVI.

Se asombra con muchísima inocencia
De cosas que aprendió por experiencia.

XXXVII.

Como todo es igual, siempre he tenido
Un pesar verdadero
Por el tiempo precioso que he perdido,
Por no haber conocido
Que el que vé un corazón vé el mundo entero

XXXVIII.

¡Belén! para el amor no hay imposibles.
Lo mismo que las palmas,
A veces nuestras almas
Se encarnan á distancias increibles.

XXXIX.

Te morías por él, pero es lo cierto
Que pasó tiempo y tiempo, y no te has muerto.

XL.

La desgracia es precisa
Para grabar los hechos de la historia.
O se escribe con sangre nuestra gloria,
O la borra al pasar cualquiera brisa.

XLI.

Ya no leo ni escribo más historia
Que verá mi niñez con mi memoria.

XLII.

No insultes el pudor en mi presencia
Porque sabes reír con inocencia;
Porque si no mi intrépida mirada
Te dejará clavada
En la trémula cruz de tu conciencia.

XLIII.

Bien merezco, Mariana, la fortuna
De escribir en este álbum el primero,
Porque sin duda alguna
Soy el que más y el que mejor te quiero.

XLIV.

A todo sér creado
Le gusta, como á Dios, ser muy amado.

XLV.

Procura hacer, para apoyar la frente,
Un blando cabezal de la conciencia.
Para poder dormir tranquilamente
No hay un opio mejor que la inocencia.

XLVI.

Sé firme en esperar, que de este modo
Algo le llega al que lo espera todo.

XLVII.

El amor á los niños y á las flores
Son amores tan dignos de los cielos,
Que son tal vez los únicos amores
Que nunca dan á los amantes celos.

XLVIII.

Al campo voy como á mi hogar primero,
Pues, al ir desde el valle hasta el otero,
De distancia en distancia
El olor á tomillo y á romero
Me recuerdan las dichas de mi infancia.

XLIX.

Le eres fiel, mas ya cuenta cierta historia
Que entre él y tú se acuesta otra memoria.

L.

¡Necio soy! Con inútiles medidas
Te quise sorprender, mas tú eres de esas
Que para ser de pronto sorprendidas
Se preparan con tiempo las sorpresas.

LI.

Poniéndose y quitándose alfileres,
Hacen sitios de Troya las mujeres.

LII.

Los mortales son siempre los mortales.
Y en el mar y en la tierra, cerca ó lejos,
Los juegos de los niños son iguales,
Como lo son los sueños de los viejos.

LIII.

Se jura amar una existencia entera,
Y en un día no más se ama y se olvida.
Y ¿cómo remediarlo? Así es la vida,
Y jamás ha de ser de otra manera.

LIV.

¡Igualdad y miseria! Como todo,
Cuando Dios creó el sol, lo hizo de lodo.

LV.

Egoísta y falaz, siempre he creido
Que el velo te pondrás de desposada
Tan pura como el día en que has nacido,
Mas pura, con el alma desflorada.

LVI.

Conocerás, lector, por tu conciencia,
Que allí donde hay amor, no hay inocencia.

LVII.

Deja que mi ternura
Te cuente mis amores,
Porque soy, cuando miro tu hermosura,
Un árbol carcomido que echa flores.

LVIII.

¿Qué es de tu amor?—No sé. Le dí mi mano
A aquel objeto de las ansias mías,
Pero á los pocos días
Dejó de ser mi esposo, y pasó á hermano.

LIX.

Se oye á los seres que nos son queridos
Poniendo hasta en los ojos los oídos.

LX.

Háblame más... y más... que tus acentos
Me saquen de este abismo;
El día en que no salga de mí mismo
Se me van á comer los pensamientos.

LXI.

La amé el año pasado,
Y ya hace un siglo, ó dos, que la he olvidado.

LXII.

Aunque te admiro tanto,
Perdona, Clara Lengo,
Si, temiendo afligirte, no te canto,
Porque, á la edad que tengo,
Lo que empieza en canción acaba en llanto.

LXVIII.

En lo ideal mecida,
El llamarte á las cosas de la vida
Es inútil empeño;
Para tí el despertar, ó estar dormida,
Es dejar el delirio por el sueño.

LXIV.

Sé que al morir para alcanzar la gloria
Limpió su corazón de tu memoria.

LXV.

Alegría y tristeza,
Suelen ser un error de perspectiva,
Sobre todo al juntarse en la cabeza
Con los sueños de abajo los de arriba.

LXVI.

Hay quien es, aunque alegre y casquivana,
Por cálculo más casta que Diana.

LXVII.

Ten siempre con un manto
Velados tus encantos pudorosos,
Porque, en cosas de encantos misteriosos,
Perdido ya el misterio ¡adiós encanto!

LXVIII.

Conforme el hombre avanza
De la vida en el áspero camino,
Lleva siempre á su lado la esperanza,
Mas tiene siempre enfrente á su destino.

LXIX.

Ya sé, ya sé que con formal empeño
Soñaste en resistir, pero fué un sueño.

LXX.

Renovando mis tiernas emociones,
Me han probado tus quince primaveras
Que son nuestras postreras ilusiones
Iguales en frescura á las primeras.

LXXI.

Como oye hablar del hecho hasta el abuso,
Llama un cura al amor *el vicio al uso.*

LXXII.

Preguntas ¿qué es amor? Es un deseo
En parte terrenal y en parte santo:
Lo que no sé expresar cuando te canto;
Lo que yo sé sentir cuando te veo.

LXXIII.

Al dar este abanico aire al semblante
Tal vez pueda templar, Eugenia mía,
Esa alma delirante
Que no tuvo en la vida un sólo amante
Ni vivió sin amar un sólo día.

LXXIV.

Jamás mujer alguna
Ha salido del todo de la cuna.

LXXV.

Recibe, hermosa Gloria,
Este retrato mío.
Tú has dejado en mi vida una memoria
Más blanca que la estela de un navío.

LXXVI.

¿Qué placer hay tras el amor primero?
La devoción, que es nuestro amor postrero.

LXXVII.

Busca en todo rivales tu mirada;
Y recuerdan tus celos
Un marino en el mar con sus gemelos
Que siempre está mirando, y no ve nada.

LXXVIII.

La amo poco, es verdad. Mi alma rendida,
¿A quién dirás que adora?
A la muerte, la sola poseedora
De todos los descansos de la vida.

LXXIX.

El amor que más quiere,
Como no viva en la abstinencia, muere.

LXXX.

La conciencia, al final de nuestra vida,
Sólo es un laberinto sin salida.

LXXXI.

Deja que miren mi vejez cansada
Esos ojos risueños,
Pues echa, sin quererlo, tu mirada
Un revoque al palacio de mis sueños.

LXXXII.

Aunque es la infiel más pecadora que Eva,
No se preocupa de ello;
Pues cree que ha de ir al cielo porque lleva
La Virgen del Pilar colgada al cuello.

LXXXIII.

Las almas muy sinceras,
Confundiendo mentiras y verdades,
Después que hacen de sueños realidades,
Elevan realidades á quimeras.

LXXXIV.

Ayer le enajenabas con tu acento;
Pero hoy ya le constipas con tu aliento.

LXXXV.

La gloria vale poco ante la historia,
Pero ¿vale algo más lo que no es gloria?

LXXXVI.

Le dieron una flor, y ahora nos cuenta
Que su alma enamorada
Tan sólo se alimenta
Del olor de una rosa disecada.

LXXXVII.

Me suelo preguntar de dudas lleno:
—¿Son mejores los buenos, ó los justos?
Y la elección va en gustos;
Yo doy todos los justos por un bueno.

LXXXVIII.

Sabiendo mi virtud ¿por qué te extraña
Que me encuentre, á mi edad, alegre y sano?
De remiendo en remiendo una cabaña
Vive más que Pompeya y Herculano,

LXXXIX.

En cuanto á castidad, todo la espanta;
Ve un espejo y se oculta la garganta.

XC.

Teme á las ilusiones;
Que es peor la ilusión que las pasiones.

XCI.

¡Sufre! ¡Sufre! ¡Traidora que abomino!
Tu vida al lado de él, es un camino
Que conduce al infierno.
¡Ya ves que muchas veces el destino
Adelanta los juicios del Eterno!

XCII.

Las Gracias fueron tres sin duda alguna:
Pero desde hoy, el que lo diga, miente.
Las Gracias eran tres antiguamente:
Después que ésta nació ya no hay más que una.

XCIII.

Tiene este abanico el don
De dar al viento ligero
Todo acento de pasión:
Por eso oculto un «te quiero»
Que siento en mi corazón.

XCIV.

Una sola mirada, si no es pura,
En mujer á una niña transfigura.

XCV.

Mártir en lo pasado, ya inclemente
Aspira á ser verdugo en lo presente.

XCVI.

¡Falsa! Al hablarme, una ilación extraña
Me trae á la memoria
Que á mí solo me engaña
Cuando me dice la verdad, la historia.

XCVII.

¡Ay! Como el cielo te ha dado
Gracia, juventud y amor,
Cuando te veo á mi lado
Parece que Dios ya ha echado
Sobre mi tumba una flor.

XCVIII.

Tal vez hallar consiga
A mis grandes errores un consuelo,
Viendo que, á veces, por bondad del cielo,
El rayo que va á un rey, da en una hormiga.

XCIX.

He amado á esa mujer de tal manera,
Que no me volví loco, porque lo era.

C.

¡Qué bien has aprendido en tu provecho,
Que ser mala es un cálculo mal hecho!

CI.

¿Es sueño, ó realidad, lo que he vivido?
No lo sé; pues, yo que hablo, no estoy cierto,
Si al juzgarme despierto, estoy dormido,
Ó al creerme dormido estoy despierto.

CII.

Siempre es para vosotras peligroso
Un ánimo aguerrido
Y un uniforme hermoso.
El fausto militar ¡sexo precioso!
Siempre ha sido y será tu prometido.

CIII.

Yo suelo con tu nombre, niña hermosa,
Por más que el curso de mi edad avanza,
Hacer mi alma dichosa.
¡Sabe tan bien el pan de la esperanza,
Que ya no me alimento de otra cosa!

CIV.

Tus ojos, con que el alma nos sondeas,
Son dos soles que alumbran con ideas.

CV.

En novelas de amor, el sentimiento
Tiende á empezar por el final del cuento.

CVI.

No le gusta el placer sin violencia;
Y por eso ya cree la desgraciada
Que ni es pasión, ni es nada,
El amor que no turba la conciencia.

CVII.

Tan grande es tu virtud, que estoy seguro
Que es verdad lo que dicen muchas gentes
Que á fuerza de ser puro
Se mueren con tu aliento las serpientes.

CVIII.

Aspiré á verte un día,
Pero después de verte,
Como dijo Jesús, Dolores mía,
«Mi alma quedó triste hasta la muerte.»

CIX.

¡Feliz si en tu semblante aún ve tu esposo
La materia en estado luminoso!

CX.

¿Por qué se olvidaría la Escritura
De hablarnos de los tristes por hartura?

CXI.

Al darme la postrera despedida,
Me lanzó una mirada
Que en el pecho clavada
La llevé todo el resto de mi vida.

CXII.

¡Es un sueño de amor su triste historia!
Nació; fué amable, candorosa y bella.
Amó; reinó; murió; se abrió la gloria,
Entró, y el cielo se cerró tras ella.

CXIII.

Lleva el bien del palacio á la cabaña
Cual la inmortal *Santa Isabel de Hungría;*
Y, puesta en los altares, algun día
La llamarán *Santa Isabel de España.*

CXIV.

Hay seres con el alma más pesada
Que el barro vil sobre que va encarnada.

CXV.

Te sobra corazón, y, siempre amante,
Aplicas á otras cosas el sobrante.

CXVI.

Dejando al tiempo que ande,
Y viviendo en un éxtasis risueño,
Como decía Calderón el Grande,
Voy tomando la vida como un sueño.

CXVII.

No hay mujer que no sea,
Al huír de algun hombre, Galatea.

CXVIII.

Merced á tus encantos sobrehumanos
No pueden retratarte los pintores,
Porque, al ver de tu cara los primores,
El pincel se les cae de las manos.

CXIX.

Odiando el matrimonio
¿Te casas? Pues mejor para el demonio.

CXX.

Cuanta es mayor por tí mi idolatría,
Tanto más admirarte necesito,
Pues halla al contemplarte el alma mía,
Cuando escucha tu acento, la alegría;
Cuando mira á tus ojos, lo infinito.

CXXI.

Quise un día pintarte en mi embeleso,
Blanca, este fuego que en mis venas arde,
Mas callé, porque ví que para eso
O yo nací muy pronto, ó tú muy tarde.

CXXII.

Con tal que yo lo crea,
¿Qué importa que lo cierto no lo sea?

CXXIII.

No llores y hazte cargo
Que esa prenda querida
Al dejar esta vida
Pasó de un sueño corto á un sueño largo.

CXXIV.

¡Dichoso sér! ¡Muere con el consuelo
De pensar que morir es ir al cielo!

CXXV.

¿Pues no quiere que crea
Que vió en Valencia una hortelana fea?

CXXVI.

Ahora que á hablar de su virtud comienza,
Yo me cubro el semblante,
Porque me da vergüenza
De pensar lo que pienso en este instante.

CXXVII.

Nos da la Iglesia el inmortal consuelo
De que el bueno al morir *nace en el cielo.*

CXXVIII.

Convirtiendo en virtud la hipocresía
Y ajustando las leyes á su gusto,
Como muchos fanáticos de hoy día
Para ser más bribón finge ser justo.

CXXIX.

Mientras de unirme á tí se acerca el día,
Tu amor recuerdo y tu virtud imito;
Tu virtud que era inmensa, madre mía,
Y tu amor maternal, que era infinito.

CXXX.

La que ama un ideal, y sube... y sube...
Suele morir ahorcada de una nube.

CXXXI.

Pues que tanto te admira
El saber de los viejos,
Voy á darte el mejor de los consejos:
Cree sólo en esta verdad: «Todo es mentira.»

CXXXII.

Para él la simetría es la belleza,
Aunque corte á las cosas la cabeza.

CXXXIII.

Odia esa ciencia material que enseña
Que el que muere es felíz, duerme y no sueña.

CXXXIV.

No olvides que á Dios plugo
Curar con un deseo otro deseo.
Mata el verdugo al reo,
Y al verdugo después otro verdugo.

CXXXV.

Es mi fe tan cumplida,
Que adoro á Dios, aunque me dió la vida.

CXXXVI.

El corazón hacia los veinte abriles
Suele creer con el más vivo anhelo
Que es dueño universal de esos pensiles
Cerrados por la bóveda del cielo.

CXXXVII.

Odio á esa infiel; mas durarán mis sañas
Hasta el día feliz en que me llame,
Pues cuando toca á ellas esa infame
Siempre le abren las puertas mis entrañas.

CXXXVIII.

Nunca tendrán utilidad alguna,
Sin el amor, la ciencia y la fortuna.

CXXXIX.

Como te amaba tanto,
El curso se torció de mi destino;
Pues iba para santo,
Y después que te ví, perdí el camino.

CXL.

Una vieja muy fea, me decía:
«En cuanto á la virtud, creo en la mía.»

CXLI.

Yo creo al contemplarte tan hermosa
Que hasta serías en Atenas diosa.

CXLII.

Toda cosa es nacida
Para tener un trágico destino,
Y girar y girar en remolino
En torno del sepulcro: esta es la vida.

CXLIII.

Como los quieras complacer á tantos,
A millares tendrás los desencantos.

CXLIV

¡Cuántas horas felices y tranquilas
Pasará de tí enfrente,
El que pueda vivir eternamente
Asomado al balcón de tus pupilas!

CXLV.

Mientras ya me dan pena
El oro y los diamantes,
Envidio esos instantes
En que van, agachándose en la arena,
A cojer caracoles dos amantes.

CXLVI.

¡Feliz, quién como un canto del camino
Se deja ir y venir por el destino!

CXLVII.

Eres, Julia, tan bella, que estoy cierto
Que ve en tu rostro el que á tu lado pasa
El manantial que Agar vió en el desierto
Cuando fué despedida de su casa.

CXLVIII.

Toda mujer en el amor postrero,
Se rebaja cada año un año entero.

CXLIX.

Esa fué tan coqueta, tan coqueta,
Que era, excepto en matarse, una Julieta.

CL.

No hay experiencia ni saber que impida
El tener desengaños:
Yo haré pronto cien años
Y no he hecho más que errar toda mi vida.

CLI.

Cual la hormiga, juntamos el dinero,
Y luego... esparce Dios el hormiguero.

CLII.

De la mujer, cual tú, que nada espera,
Amando á falta de hombres, cualquier cosa,
Como el ave simbólica y famosa
El corazón arde en su propia hoguera.

CLIII.

Si en amar soy prudente,
Es porque, escarmentado,
Para obrar con cordura en lo presente,
Tengo puesto un oído en lo pasado.

CLIV.

Es buena, pues se duerme como un leño,
Y al irse la virtud se lleva el sueño.

CLV.

Fué causa de mis muchos desencantos,
Una asceta instruída,
Que aprendió por las vidas de los santos
Las cosas menos santas de la vida.

CLVI.

¡Quién de su pecho desterrar pudiera
La duda, nuestra eterna compañera!

CLVII.

Tu amor ardiente y tierno,
Es tan puro además, que será eterno.

CLVIII.

Sólo la edad me explica con certeza
Por qué un alma constante, cual la mía,
Escuchando una idéntica armonía
De lo mismo que hoy saca la tristeza,
Sacaba en otro tiempo la alegría.

CLIX.

Prohíbeles tu amor con tus desdenes.
Sin frutos prohibidos no hay Edenes.

CLX.

¡Pensando en los adioses de aquel día
En llanto me deshago!
¡No puede describirte el alma mía
Los cién siglos de horror de un día aciago!

CLXI.

Que no pidas, Manuela, te suplico,
A mi edad madrigales ni consejos,
Porque sé que detrás del abanico
Os burláis las mujeres de los viejos.

CLXII.

Vas cambiando de amor todos los años,
Mas no cambias jamás de desengaños.

CLXIII.

Si á comprender aspiras
La ciencia de las puras realidades,
Hallarás que de todas las verdades
La mitad por lo menos son mentiras.

CLXIV.

Pinchando á sus rivales,
Te escribe con la espada madrigales.

CLXV.

Nunca me hallo sin fausto ni dinero,
Porque veo en la sombra lo que quiero.

CLXVI.

Esa mujer tan bella,
Fué por mí tan querida
Que alguna vez para morir por ella,
Tan sólo me faltó perder la vida.

CLXVII.

El pobre está seguro que su perro
Ha de formar su séquito en su entierro.

CLXVIII.

Aún tengo confianza
De que Dios me dará la fe perdida.
¡Bien haya el que ha inventado la esperanza
Que es la muerte el principio de otra vida!

CLXIX.

Contra esa infiel que con rubor se aleja,
Porque un día mató mis esperanzas,
Tomé la más atroz de las venganzas
Dejándola morir de fea y vieja.

CLXX.

Voy sembrando esperanzas por los vientos
Y recojo después remordimientos.

CLXXI.

Si aunque tierna y vivaz aún eres pura,
No olvides el consejo que te ofrece
Esta eterna verdad de la escritura:
«Todo el que ama el peligro en él perece.»

CLXXII.

Cuando halla algún buen mozo que le agrada
¡Qué bien se suele hacer la deslumbrada!

CLXXIII.

Yo sé quién, de una dicha que no alcanza,
Va bebiendo en tus ojos la esperanza.

CLXXIV.

Pocas veces te ví, pero no olvido
Que yo te amé como no amó Macías,
Y que fué la pasión que te he tenido
Un amor inmortal de cuatro días.

CLXXV.

Por no ser natural hace, cuando ama,
De cada paso de comedia un drama.

CLXXVI.

Cual tú, Méndez Leal, busqué afanado
Una gloria fingida,
Para saber al fin, desengañado,
Que no hay más dicha que esta en nuestra vida;
Nacer, vivir, amar, ser olvidado.

CLXXVII.

Al mostrar á esta niña encantadora,
Suele decir su madre embelecida:
«Aquí tenéis la Aurora
De los días más bellos de mi vida.»

CLXXVIII.

Si te casas, Inés, ten por seguro
Que todo novio es un traidor futuro.

CLXXIX.

Ya, al pretender ser tierno,
Sale del pecho mío
Un aliento más frío
Que una ráfaga de aire del invierno.

CLXXX.

La cuna y el altar son dos moradas
Donde viven las madres prosternadas.

CLXXXI.

De esa antigua coqueta la hermosura
Las ganas me quitó de hacerme cura.

CLXXXII.

A todo va la inmensidad unida;
Si entre el ser y no ser media un instante,
Tiene el punto presente de la vida
Un infinito atrás y otro delante.

CLXXXIII.

A tí, ducha en amor, ya te da risa
Una loca de atar como Eloisa.

CLXXXIV.

¡Oh, Isabel! ¡Cuántas veces á hurtadillas
A través de estas pérfidas varillas
Con tus pupilas de ternura llenas,
A algun hombre feliz, de tí adorado,
Lo mirarás apenas,
Por temor de mirarle demasiado!

CLXXXV.

Tanto aumenta la gloria su estatura,
Que á ese genio gigante
Le llamarán *el grande* allá en la altura
Shakespeare, Ariosto, Calderón y Dante.

CLXXXVI.

Aunque ve que le engañan con frecuencia,
No se quiere curar de su inocencia.

CLXXXVII.

El que sufre, lo mismo que el que adora,
Creen que todo en el mundo, ó quiere, ó llora.

CLXXXVIII.

Desde que te ha sufrido,
Ya no me extraña tanto
Que como Job el santo
Maldiga el hombre el día en que ha nacido.

CLXXXIX.

No rechaces tus sueños, hija mía;
Sin la ilusión, el mundo ¿qué sería?

CXC.

En su primera confesión, á Pura
Ya no le dió la absolución el cura.

CXCI.

Ya sabes que aunque tanto te he querido
Cuando eras una pobre verdadera,
Después que fuiste altiva y heredera
Te honré con un desprecio merecido.

CXCII.

PARA UNA INCLUSA

Si, al pasar el umbral de la existencia,
Ves que no encuentras á tu madre allí,
Bendiciendo la causa de su ausencia,
Llama á esta puerta y la hallarás aquí.

CXCIII.

Siempre vuela mi mente
A buscar el Edén de tus amores,
Como constantemente
Se vuelven hacia el sol algunas flores.

CXCIV.

¿Quién puede ser dichoso ni en la gloria
Si allí existe del mundo la memoria?

CXCV.

Las niñas más juiciosas y más puras
Al llegar la razón hacen locuras.

CXCVI.

Te advierto, ángel caído,
Que ya has perdido en la opinión las alas,
Y que el olor de santidad que exhalas
Ya sólo lo percibe tu marido.

CXCVII.

¿Me quiere?—le pregunta, y ya la esposa
Dice *sí*, mas pensando en otra cosa.

CXCVIII.

Cayó; y al mes siguiente
Ya era un frío deber su amor ardiente.

CXCIX.

Aunque huir de ella intento,
No sé lo que me pasa,
Porque yo voy donde me lleva el viento,
Y el viento siempre sopla hacia su casa.

CC.

Agita tu abanico muy aprisa
Y verás como el céfiro ligero
Te cuenta muchas veces, María Luísa,
Lo mucho, pero mucho, que te quiero.

CCI.

No pretendas mi cantar,
Isabella-Roma, oir.
¿Por qué quieres ver llorar
Hoy que te toca reir?

CCII.

¡Es la esencia mejor de la belleza
El olor sin olor de la limpieza!

CCIII.

Canta el aire, en sus trovas misteriosas,
Las penas y alegrías de las cosas.

CCIV.

Su padre, que era un topo,
La juzgaba inocente todavía,
Cuando yo averigüé que ya entendía
La moral de las fábulas de Esopo.

CCV.

Por ser tan instruida,
Ya entre ella y su niñez media una vida.

CCVI.

Ama con furia y odia con tal ira,
Que clava sus ideas cuando mira.

CCVII.

A esa ética feliz la va matando
La fiebre que ha cogido
Durmiendo horas enteras y soñando
A la sombra del árbol prohibido.

CCVIII.

¡Oh! Qué cosas tan tiernas te diría,
Al contarte, Enriqueta, mis pesares,
Si esta alma, que es tan tuya como mía,
Estuviese en la edad en que tenía
El ardor del cantar de los cantares!

CCIX.

Espero con gran fe, Pepita bella,
Que el hombre fiel que ha de llamarte esposa,
Haciéndote dichosa,
En tí desmentirá la frase aquella
De—«¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»

CCX.

En cuanto al bien y al mal, nada hay lejano;
Todo se halla al alcance de la mano.

CCXI.

No escribo versos aquí
Porque mi nombre recuerdes,
Sino para que te acuerdes
Que yo me acuerdo de tí.

CCXII.

Sensible, débil, religiosa y vana,
Eres en todo una verdad humana.

CCXIII.

Cierra el joyero, Inés, ponte una rosa,
Que una bella está bien con cualquier cosa,

CCXIV.

La que está como tú, Paca adorada,
Del arte enamorada,
Discurre de este modo:
«La gloria, que no es nada,
Sobrevive al dinero, que lo es todo.»

CCXV.

En materia de flores y de amores,
Estoy por los amores y las flores.

CCXVI.

Teme más al ardor de sus sentidos
Y á su propia bondad, que á diez bandidos.

CCXVII.

La vida es un bostezo continuado,
Pues al rico y al pobre, á juicio mío,
Les hace bostezar, según su estado,
Pobres el hambre, y ricos el hastío.

CCXVIII.

Yo soy un estudiante
Que, cuando sé que me aman, sé bastante.

CCXIX.

Su gracia de ángel pasará á la historia,
Pues al ver de su risa los fulgores,
La copian encantados los pintores
Para hacer las rompientes de la gloria.

CCXX.

A mis ruegos el céfiro sonoro
Contándote estará toda tu vida
Lo que dijo un autor á su querida:
«¡Maldito sea yo si no te adoro!»

CCXXI.

Tu comercio de amor naturalista
No gira más que letras á la vista.

CCXXII.

Me recuerdan tu ingenio y tu alegría
La primera mujer del alma mía.

CCXXIII.

¡Cuánta diablura te diría, cuánta,
Si tú, en vez de mujer, no fueses santa!

CCXXIV.

Me atrae tanto el cielo,
Que extraño alguna vez cómo no vuelo.

CCXXV.

Por burlarse tal vez de lo que es santo,
Creo que fué el demonio
Quien llamó al matrimonio
La noble institución del desencanto.

CCXXVI.

En guerra y en amor es lo primero
El dinero, el dinero y el dinero.

CCXXVII.

La más sabia, Rosario, es la que auna
El amor con los bienes de fortuna;
Que si el dulce no es malo
Ni aún en cuenca de palo,
Es natural que sea
Servido en copa de oro, miel hiblea.

CCXXVIII.

Al verte aborrecida,
Notaras, recordando cierta cosa,
Que á todas nuestras faltas en la vida
Las liga una cadena misteriosa.

CCXXIX.

De una mujer como Virginia, honrada,
Lo mejor que hay que hablar es no hablar nada.

CCXXX.

Imita á aquella nueva Galatea,
Pues, al ver que algún hombre la subyuga,
Para no ser vencida, siempre emplea
La gran estratagema de la fuga.

CCXXXI.

Los padres son tan buenos
Que hasta el menos iluso
Anhela para yerno un noble ruso,
O un príncipe italiano por lo menos.

CCXXXII.

La mujer, cuando olvida, es que aún aprecia.
El hombre que perdona, es que desprecia.

CCXXXIII.

Nuestra alma ve, de admiración suspensa,
Que el campo todo el Criador inciensa,
Y juzga con encanto verdadero
Que es una orquesta inmensa
La gran palpitación del mundo entero.

CCXXXIV.

Tan grande fué, que ante él todo es pequeño,
«Un delito el nacer», «la vida un sueño.»

CCXXXV.

No temas de mi amor nada imprudente;
Sólo se ama á las santas santamente.

CCXXXVI.

Si como el héroe de la Mancha, antaño
Realicé por tu amor grandes hazañas,
Hoy sentado á la sombra de un castaño,
Pensando mucho en tí, cómo castañas.

CCXXXVII.

Se casó ayer, y hoy por cualquiera cosa
Apuesta la cabeza de su esposa.

CCXXXVIII.

Es tan casta, que ignora de seguro
Que hay algo de hez en el amor más puro.

CCXXXIX.

Después de que nos han hecho
Viejos la edad y tristes la experiencia,
Llevamos dos infiernos en el pecho,
Que son el corazón y la conciencia.

CCXL.

En mí, cada mirada que me lanzas
Se deshace en millones de esperanzas.

CCXLI.

LOS TERREMOTOS

Si esperamos en Dios con alma honrada,
Premiará nuestra fé su providencia.
¿Qué es el temblor de nuestro globo? Nada
Al lado del temblor de la conciencia.

CCXLII.

Colma nuestros deseos,
Librando nuestra patria, ¡cielo santo!
De estos días de espanto
En que rezan á solas los ateos.

CCXLIII.

Aunque el hombre se aterra
Al ver temblar bajo sus piés el suelo,
¿Quién sabe si en el cielo
Será ordenar el trastornar la tierra?

CCXLIV.

Conmueve de placer nuestras entrañas,
Al ver que consolando ajenos males,
Va la piedad, desde las casas reales
A barrer la miseria á las cabañas.

CCXLV.

—¿Qué haremos, cuando el cielo
Casas y templos con fragor derriba?
—¿Qué haremos, preguntáis, almas de hielo?
¡Tener fe en la justicia de allá arriba!

CCXLVI.

Debe el bueno sentir que tiembla el suelo
Como el justo de Horacio con firmeza,
Y ver también que se desploma el cielo
Sin inclinar siquiera la cabeza.

CCXLVII.

¿Nadie sabe, mortales,
Por qué cuarteando el globo nos castiga
Ese gran Dios para quien son iguales
Los destinos del hombre y de la hormiga?

CCXLVIII.

Cuando se abre la tierra extremecida,
El bueno reza, se resigna y muere;
Que es el único sabio en esta vida
El que sabe querer lo que Dios quiere.

CCXLIX.

En cuestiones de amores
Soy de los amadores
Que, al odio y al amor no interrumpido,
Hallan más divertida
Esta rueda incesante de la vida:
Amor, odio, desprecio y luego olvido.

CCL.

Porqué amaste en tres años á tres hombres,
¿Te juzgas una infiel? No, vida mía.
El amor se transforma y no varía;
Un mismo amor puede tener mil nombres.

CCLI.

¿Por qué quieres saber, Ana querida,
En qué vive mi espíritu ocupado?
Después que mi cariño has despreciado,
Me ocupo solo en despreciar la vida.

CCLII.

Gracias á tí, he caído
En el horrible estado
De olvidar cuanto puedo lo pasado,
Y despreciar después cuanto no olvido.

CCLIII.

Quiero morir contigo, si el destino
Nos ha de conducir á aquel infierno
En que, unidos en raudo torbellino,
Se dan *Paolo* y *Francesca* el beso eterno.

CCLIV.

Cuando yo con el alma te quería,
¿Quién presumir pudiera
Que á despreciar ¡infame! llegaría
En tí y por tí la humanidad entera?

CCLV.

No doy los tristes pensamientos míos
Por tus sueños ligeros y rosados,
Porque, á cráneos vacíos,
Prefiero corazones disecados.

CCLVI.

El amor es un mal, pero es el caso
Que siempre será un hecho verdadero,
Que la pasión que volvió loco al Tasso,
Hará perder el juicio al mundo entero,

CCLVII.

Te ví una vez, Elía, fascinadora,
Y amé una eternidad en una hora.

CCLVIII.

Te abanicas con gracia, y te suplico
Que tengas muy en cuenta
Que puede levantar un abanico
Con el aire más dulce una tormenta.

CCLIX.

Mueve, por Dios, con tu abanico el viento,
Porque sé, niña bella,
Que sus brisas, mezcladas con tu aliento,
De nuevo encenderán mi extinta estrella.

CCLX.

Los muchos que deliran
Por esos ojos bellos
Suelen decirnos de ellos
Que les oyen hablar cuando nos miran.

CCLXI.

Yo no sé en qué consiste
Que al verte tan feliz me siento triste.

CCLXII.

Siendo la mala suerte
El único destino que es posible,
Como decía el Tasso, fuera horrible
La vida sin el premio de la muerte.

CCLXIII.

Me preguntas, Luz Mont, ¿lo qué es dolora?
—Es lo que vemos desde el puerto ahora;
Mientras resiste un bote al mar bravío,
Con el casco al revés se hunde un navío.

CCLXIV.

Voy á decirte una verdad y es ésta:
«No vale nuestra vida lo que cuesta.»

CCLXV.

¡Ay, cuánto te amaría
Si hoy fuese el que era cuando Dios quería!

CCLXVI.

Ya sabrás, como yo, Carmen querida,
Que el amor sólo acaba con la vida;
Pues con la edad se aumenta
De la pasión la llama,
Y á los sesenta se ama
Sesenta veces más que á los cuarenta.

CCLXVII.

¿Dices que te he olvidado?
Amante desleal, pierde cuidado.
Es mi amor tan eterno
Que ya empiezo á temer que, enamorado,
Por ir donde tú irás, iré al infierno.

CCLXVIII.

Emplea tu ternura
Más bien en la bondad que en la hermosura.
Sírvate de gobierno
Que es un necio galán, buena figura,
Un emplasto vulgar para uso externo.

CCLXIX.

¡La ocasión! Nadie sabe á dónde lleva
El poder de la sombra de un manzano,
Cuando se pone, cual se puso á Eva,
La manzana al alcance de la mano!

CCLXX.

Lo mismo que hace con los sueños míos,
Irá el tiempo robando tus quimeras:
Sin más que andar los ríos
Acaban por llevarse las riberas.

CCLXXI.

En mi duda interior, siempre he admirado,
La fe de esos creyentes
Que juzgan, inocentes,
Que por librar del lodo su calzado,
La Providencia, servicial, ha echado
Las aguas por debajo de los puentes.

CCLXXII.

Te casarás, y acaso al otro día
Verás tu pecho de amargura lleno.
¿Qué quieres, hija mía?
Si una copa de amor es ambrosía
Dos copas de placer son un veneno.

CCLXXIII.

Lengua de Dios, la poesía es cosa
Que oye siempre cual música enojosa
Mucho hombre superior en lo mediano;
Y en cambio escucha con placer la prosa,
Que es la jerga animal del sér humano.

CCLXXIV.

En vano su memoria
Quiero dar al olvido,
Aunque es una santa, cuya historia
Llenaría de escándalo á un bandido.

CCLXXV.

Yo sé de alguno que ama,
Y es incrédulo en Dios, y cree en su dama.

CCLXXVI.

Siento mucho decirte, Ana adorada,
Que es vano nuestro empeño
De ver una esperanza realizada,
Que el alma acalorada
Todo en el mundo lo convierte en sueño,
Lo que es igual á reducirlo á nada.

CCLXXVII.

Nada en el mundo alcanza
Á apagar el ardor de los sentidos.
Mil deseos cumplidos
No igualan al placer de una esperanza.

CCLXXVIII

Enriqueta, estoy cierto
Que el Dios del cielo me dará su gloria
Si al saber que yo he muerto,
Rezas tú un *Padre nuestro* á mi memoria.

CCLXXIX.

Aunque me he de morir, lo haré sin miedo,
Pues no suelo creer en lo increible,
Y soy un pecador que nunca puedo
Pensar que es el Dios bueno, un Dios terrible.

CCLXXX.

Mirándote á mi lado
He admirado, he sentido y he pensado:
Lo que prueba, Joaquina,
Que tu sér hechicero
Es la imágen divina
De lo bueno, lo bello y verdadero.

CCLXXXI.

Esclavos, aprended que en la existencia
Puede más que la fuerza, la paciencia.

CCLXXXII.

Siempre aspira á cambiar el hombre ciego,
La suerte propia por la suerte extraña,
Soñando en el palacio y la cabaña
El labriego que es rey y el rey labriego.

CCLXXXIII.

El pensamiento mío
Purifica en tu imágen mis ardores,
Como se vuelve néctar el rocío
Metido en las corolas de las flores.

CCLXXXIV.

La rueda de la vida, ídolo mío,
Es querer y olvidar. ¡Jesús, qué hastío!

CCXXXV.

Aseguran mujeres de experiencia
Que, si ellas saben algo, es por curiosas,
Pero que nunca pasará su ciencia
De deletrear las cartas amorosas.

CCLXXXVI.

¿Oyes, Concha, los céfiros alados
Que agita tu abanico en derredor?
Pues todos son suspiros ó recados
Que te manda al oído

CAMPOAMOR



HUMORADAS



SEGUNDA PARTE



HUMORADAS

SEGUNDA PARTE

I.

AL mover tu abanico con gracejo
Quitas el polvo al corazón más viejo.

II.

Como el viento contínuo, no es sentida
La eterna pesadez de nuestra vida.

III.

Si pienso en tí, fatigan mi deseo
Mil pensamientos vanos,
Y, sin saber por qué, cuando te veo
Contengo el corazón con ambas manos.

IV.

Te es infiel ¿y la quieres? No me extraña;
Yo adoro á la esperanza, aunque me engaña.

V.

Aunque eres á mi amor inaccesible,
No puedo menos de quererte un poco,
Pues soy bastante loco
Para morir creyendo en lo imposible.

VI.

Se van dos á casar de gozo llenos:
Realizan su ideal: ¡un sueño menos!

VII.

De todo lo visible y lo invisible
Crees sólo en el amor, que es lo increible.

VIII.

En la aurora feliz de tus amores,
Sólo querías el dinero en flores;
Mas, después que pasó tu ardor primero,
Sólo quieres las flores en dinero.

IX.

Piensa sólo en amar y en ser amada.
El amor es lo que es; lo otro no es nada.

X.

Te he visto no sé dónde, ni sé cuándo.
¡Ah! sí; ya lo recuerdo, fué soñando.

XI.

Las niñas de las madres que amé tanto,
Me besan ya como se besa á un santo.

XII.

Es tal la idolatría
Con que quiere el destino que te quiera,
Que creo que te tengo, Carmen mía,
La ceguedad de la pasión postrera.

XIII.

A pesar de mis días,
Como yo te amo á tí, no amó Macías.

XIV.

Aunque es tu gran belleza
Para mí inaccesible,
Te quiero, vive Dios, con la firmeza
De un mártir de la fe de lo imposible.

XV.

Me dicen que es un diablo; mas recelo
Que este diablo, al caer se trajo el cielo.

XVI.

Lo que yo te decía:
Os casásteis, y luego,
Si él te amó hasta la víspera con fuego,
Tú amaste más desde el siguiente día.

XVII.

La mujer más estulta
¡Con qué artificio el artificio oculta!

XVIII.

Siempre es algún consuelo
Que un marido, por serlo, gane el cielo.

XIX.

Fernanda, pienso en tí con tal empeño,
Que si duermo, no duermo: ¡engaño al sueño!

XX.

Me han hecho sufrir tanto, que he dudado
Si el amor será un odio disfrazado.

XXI.

La ambición desencanta de tal modo
Que á mí ya no me extraña
Que en salud, en amor, en paz y en todo
Tenga envidia el palacio á la cabaña.

XXII.

Tanto es lo que te quiero,
Que el cetro puse en tí del mundo entero.

XXIII.

Sin la fe la conciencia es un abismo,
Y el peor compañero es uno mismo.

XXIV.

Bendice, al mismo tiempo que San Pablo,
Los matrimonios por amor, el diablo.

XXV.

Al verse tan gentil, ¡con qué embeleso
Se da á sí misma en el espejo un beso!

XXVI.

Serás feliz, si metes con prudencia
En un saco el amor y la conciencia.

XXVII.

Con valor sin segundo,
Un abismo salvé tras otro abismo,
Y, aunque de todo me salvé en el mundo,
Nunca pude salvarme de mí mismo.

XXVIII.

Aunque muy poco á poco,
Ya llegué al gran saber: ¡Sé que estoy loco!

XXIX.

Todo galán desde que ve ese talle,
Es parte de una esquina de tu calle.

XXX.

Al pasar por delante
De un espejo en que alegre se miraba
Dije al ver junto al mío su semblante:
¡Cómo empieza la vida y cómo acaba!

XXXI.

No es raro en una almohada ver dos frentes
Que maduran dos planes diferentes.

XXXII.

Es tan buena mujer, que he comprendido
Que nunca hará feliz á su marido.

XXXIII.

Después de bien pensado,
Fué mi tiempo perdido el más ganado.

XXXIV.

¡Maldito mal el mío!
Si puedes, huye de él: se llama hastío.

XXXV.

Las niñas rezadoras que yo trato
Nunca piden á Dios el celibato.

XXXVI.

Es tan cierto el candor de tu belleza,
Que ocultas sólo el alma en tu franqueza.

XXXVII.

Tened miedo de aquellas
Que eclipsan, siendo feas, á las bellas.

XXXVIII.

Con su novio formó un itinerario,
Y, casada después, siguió el contrario.

XXXIX.

De su paz envidioso,
Al ver á un muerto, digo: hé aquí un dichoso.

XL.

¡Todo pasa, lo mismo que las rosas,
Los hombres, los imperios y las cosas!

XLI.

Hay falsas que, mandando en sus sentidos
No se olvidan de sí, ni en sus olvidos.

XLII.

Eres con ellas tan audaz, porque eres
Un hombre que conoce á las mujeres.

XLIII.

Para verte, parece que á tu lado
Admiradas las horas se han sentado.

XLIV.

Más bien que un enfermero,
Hay quien cree que un marido es un loquero.

XLV.

Ya decía mi abuela
Que el amor es un sér endemoniado,
Que lo mismo que á un diablo exorcizado
La bendición nupcial le espanta, y vuela.

XLVI.

Si como hombre no sé lo que prefiero,
Como un niño sé bien lo que no quiero.

XLVII.

—«¡Ámame más!...»—la niña le decía:
Pero él—«¡si es imposible!...»—respondía.

XLVIII.

Ya ni quiero ni puedo
Volver á unir tu corazón al mío,
Porque me causa miedo
Más que un sepulcro lleno, otro vacío.

XLIX.

A pesar de lo mucho que te quiero
No me mato por tí, pero me muero.

L

Saben bien los amantes instruídos
Que quieren decir sí, tres *nos* seguidos.

LI.

Cree, piadoso lector, lo que te digo:
Con todo estoy en paz menos contigo.

LII.

Cual si untasen sus ojos con beleño,
El oficio de esposo es dado al sueño.

LIII.

Como es tan importante lo que te hablo,
Nos viene á oír desde el infierno el diablo.

LIV.

Renuncio á hablar de tí, porque no creo
Que podría imitar, aunque quisiera,
A Petrarca y á Herrera,
Que cantan el amor sin el deseo.

LV.

¡Ay del que, amando como yo, no alcanza
Más amor que el amor sin esperanza!

LVI.

Es misterioso el corazón del hombre
Como una losa sepulcral sin nombre.

LVII.

Todo la duda y la razón lo miran.
La fe y el corazón todo lo admiran.

LVIII.

Son todos mis sentidos
Para verte y oirte, ojos y oídos.

LIX.

Ya sé que fuí, por más que ella lo olvida,
El grande amor ochenta de su vida.

LX.

Como si fuese un leño,
Ya es, tenderme á dormir, mi único ensueño.

LXI.

Pronto ha de ser este galán tan tierno
Cual todo esposo, un disidente eterno.

LXII.

Soy un hombre tan necio,
Que defiendo mi vida, y la desprecio.

LXIII.

Tanto es lo que te quiero
Que, aunque amarte es morir, te amo y me
[muero.

LXIV.

Sólo para quererte
Voy robando unos días á la muerte.

LXV.

Cuenta el amor muy bajo á las mujeres,
Que hay un deber contrario á los deberes.

LXVI.

¡Ay de aquel que ya tiene en esta vida,
Excepto para tí, la fe perdida!

LXVII.

En la hoja en que escribo este «te quiero»,
Siento el perfume de mi amor primero.

LXVIII.

¡Huid, maldito enjambre
De ideas locas que mi frente esconde,
Pues como dice Franklin, no sé dónde,
«Quien vive de esperanzas, muere de hambre!»

LXIX.

Si sufres, ten paciencia: ese es tu sino.
Toda hermosa es un mártir del destino.

LXX.

Sé natural, que es, además de hermosa,
La gran naturaleza una gran cosa.

LXXI.

Nació, sufrió, murió. Tal fué su historia.
Destino de mujer. ¡Virtud sin gloria!

LXXII.

La fuiste á secuestrar, y, ya casado,
Eres tú, más bien que ella, el secuestrado.

LXXIII.

Por tí mi corazón cayó en la cuenta
De que hay fiebres de amor á los sesenta.

LXXIV.

Donde quiera que voy, hace el destino
Que te halle casualmente en el camino.

LXXV.

Esa mujer que miras de pasada,
Jamás, después de vista, es olvidada.

LXXVI.

Como un gran abogado, esa perversa
Hace blanco lo negro y viceversa.

LXXVII.

¡Qué olvidos tan extraños!
Al verte no me acuerdo de mis años.

LXXVIII.

Hay rubias, como tú, tan verdaderas,
Que, al esparcir el día sus destellos,
Parece que las mismas hechiceras
Cortan rayos del sol con las tijeras
Y después os los ponen por cabellos.

LXXIX

Hay quien da vuelta al mundo, y luego ex-
[clama:
«Para nuestra alma el mundo es lo que se
[ama.»

LXXX.

El santo matrimonio nos aterra
Después que hemos sabido
Que, en las luchas civiles, el marido
Es quien paga los gastos de la guerra.

LXXXI.

Sólo á mi amor has dado
Un instante de gloria;
Mas juro que, sujeto á mi memoria,
Jamás caerá ese instante en el pasado.

LXXXII

Al salir á la calle las ideas,
Son del incendio popular las teas

LXXXIII.

Lleva siempre en la frente lo que se ama
Como Moisés, un resplandor de llama.

LXXXIV.

¿Dudas de mí? Teniendo tantas hechas,
No es raro que un ladrón tenga sospechas.

LXXXV.

¡Cuánta mujer que marcha al casamiento,
Da en la calle, en el río, ó en el convento!

LXXXVI

Te dije el fin de las amantes glorias
Que conseguir anhelas;
Casarte como en todas las novelas,
Y hartarte como en todas las historias.

LXXXVII.

Aprende, niña bella,
Que tan sólo es dichoso el que no olvida
Que, aunque no hay nada inútil en toda ella,
No hay cosa más inútil que la vida.

LXXXVIII.

Muchos, cual yo, delante de tus ojos,
No se miran de pié, se ven de hinojos.

LXXXIX.

Con bondad é inocencia,
Hermosura y talento,
Teresa, Dios hará que en tu existencia
Siga siempre alumbrando tu conciencia
La ley de tu divino pensamiento.

XC.

Si en hacerla feliz tenéis empeño,
Tomad la realidad y dadla el sueño.

XCI.

Si tan niña, eras ya la criatura
Más linda que el amor ha conocido,
¿Qué será cuando el tiempo y la hermosura
Den tu cuerpo á las gracias concluido?

XCII.

Aunque morirme quiero,
Por no olvidarme de tu amor, no muero.

XCIII.

El hombre suele hacer todo lo bueno
Por la mujer que le llevó en su seno.

XCIV.

María, es además de sentimiento,
Tu mirada una luz con pensamiento.

XCV.

Desde que ví, Mercedes, tu hermosura,
El quererte es mi ramo de locura.

XCVI

Gertrudis, pido al Dios omnipotente,
Con el más vivo anhelo,
Que pasen las tristezas por tu frente
Como pasan las nubes por el cielo.

XCVII.

Pasando, indiferente, por mi lado,
No le importa á la infiel que ya no la ame;
Aún no ha sentido, como yo, esa infame
El tormento de odiar lo que se ha amado.

XCVIII.

Al ver al mundo entero
Vagar sin norte y con la fe perdida,
Siento por él ese dolor sincero
Que siente por su enfermo el enfermero
En el último instante de su vida.

XCIX.

Al final de la orgía
Siente ella pesadumbre, y él bosteza;
Que en amor, ya agotada la alegría,
Se queda cada cual con su tristeza.

C.

Te adoró el primer mes; pero al siguiente
Ya era un frío deber su amor ardiente.
¡Paciencia! Hoy como ayer y ayer como antes,
Nace y muere un amor en dos instantes.

CI.

A fuerza de burlar y ser burlado
Se adquiere este secreto:
Que el hombre es un perfecto condenado
Y la mujer un ángel incompleto.

CII.

O lánzame al horror del fuego eterno,
O elévame del goce al alto emporio;
Pues tu amor, que no es cielo ni es infierno,
Jamás deja de ser un purgatorio.

CIII.

Van y vienen, por sitios alfombrados
Con hojas de los árboles caídas,
La grey de engañadores engañados,
Unas cuantas esposas aburridas
Y otros tantos maridos fastidiados.

CIV.

Son iguales, Leonor, nuestros destinos;
Morirás, como yo, de mal de amores,
Porque siempre, y en todos los caminos,
Tu corazón asaltarán traidores
El tedio y el placer: dos asesinos.

CV.

Si algún César triunfante
Te viera desde el fondo de su gloria,
Podría ese lunar de tu semblante
Hacer variar el curso de la historia.

CVI.

¡Qué bien llevas los años que han pasado!
Y los míos, Pilar, ¡qué bien los llevo!
¿Recuerdas cuántos son? Yo lo he olvidado.
Sólo á indicar me atrevo
Que, desde el tiempo viejo en que te he amado,
Barrió el polvo de un siglo un aire nuevo.

CVII

Sólo recuerdas de tu edad pasada
Lo que hubo de infeliz en tus amores.
¡Qué quieres, prenda amada!
El dolor nos recuerda otros dolores,
Pero un placer no nos recuerda nada.

CVIII.

¿Qué diabólicas mañas
Tendrá esa pecadora,
Que cuando llama á ellas, la traidora,
Siempre la abren las puertas mis entrañas?

CIX.

Todavía, perjura,
Mi corazón se goza en la amargura
De tus falsos amores,
Como una sepultura
Que, con restos de un muerto, cría flores.

CX.

—¿Por qué dicen—pregunta Rosalía—
Que nos mata el amor, siendo tan bueno?
—Lo dicen los que saben, hija mía,
Que si un vaso de amor es ambrosía
Un vaso de placer es un veneno.

CXI

Fué inútil nuestro afán; no hemos logrado
Reavivar tus ardores ni los míos,
Porque el amor y el agua de los ríos,
No vuelven á pasar, si ya han pasado.

CXII.

Al ver hoy tan erguido
Al galán que vió ayer tan humillado,
El mundo ha conocido
Que llegó para ella el bien perdido
Llegando para él el bien logrado.

CXIII.

¡Aunque no suele enardecer su pecho
El calor de la fe,
Pasa la vida, en lágrimas deshecho
Envidiando al que cree!

CXIV.

Sin la fe, la conciencia es un abismo,
Y el peor compañero es uno mismo.

CXV.

Pasando de la pena á la alegría,
Nuestra alma es el retrato,
De esa móvil campana que en un día
Toca á boda, á agonía,
A oración, á bautizo y á rebato.

CXVI.

Un rizo de tu rubia cabellera,
Es la gloria mayor de mi destino:
Si como hecho es un trapo una bandera,
Como idea es un símbolo divino.

CXVII.

A eterna fe nuestra alma condenada,
Los que no creen en Dios creen en la nada.

CXVIII.

Me dijo «sí», con tan discreto modo,
Que no lo oyó ni Dios, que lo oye todo.

CXIX.

No deja verte bien ni un sólo instante,
La inundación de luz de tu semblante.

CXX.

Como van las malditas experiencias
Nuestra alma invalidando,
En cada año que pasa voy echando
Una pata de palo á mis creencias.

CXXI.

La novedad del día en las ciudades
Es la cola del perro de Alcibiades.

CXXII.

Hay quien tiene ictericia
De soñar que le ahorca la justicia.

CXXIII.

Yo, como muchos, creo
Que dura nuestro amor lo que el deseo.

CXXIV.

¡Dichoso el que no olvida
Que no se halla ventura
Si, á una conciencia pura,
No se une la esperanza de otra vida!

CXXV.

En cualquiera mujer, reina ó pastora,
Se encuentra alguna cosa encantadora.

CXXVI.

Soy en pensar que me amarás un día
El ciego que soñaba que veía.

CXXVII.

Si en la senda del mal te ves perdida,
No sigas adelante.
Para volver al bien en esta vida
Todo momento es el supremo instante.

CXXVIII.

Me dijo, al verme triste, una chilena:
—Siempre hay una mujer junto á una pena.

CXXIX.

¡Dichosa la mujer que no conoce
Que, en los goces tranquilos, falta el goce!

CXXX.

Pareces, Delia, de la aurora hermana,
Y creo firmemente
Que al nacer tú, dejó sobre tu frente
Sus rayos más hermosos la mañana.

CXXXI.

Fanny, guardando de tu edad primera
Recuerdos halagüeños,
Te he de dejar por mi única heredera
Cuando haga el testamento de mis sueños.

CXXXII.

Me inspiras compasión, pues dicen que eres
¡Oh infeliz! muy feliz con las mujeres.

CXXXIII.

¡Quién pudiera, con tierna confianza
Deslizar en tu oído
Ciertos cuentos, Inés, que yo he aprendido
De mi eterna nodriza la esperanza!

CXXXIV

Acompañado del tintín del oro
Toda mujer dormida oye un ¡te adoro!

CXXXV.

¡Oh! ¡Qué niña tan bella!....
En mi tiempo, su madre era como ella.

CXXXVI.

Cuando te cases, Lola,
Te encontrarás con él dos veces sola.

CXXXVII.

Les falta algo de amor, á los amores
Que no son un infierno de dolores.

CXXXVIII

Por flaquezas del cuerpo, ó las del alma,
La vida es un pecado que se empalma.

CXXXIX.

Hay sabio, de impiedad tan candorosa,
Que no tiene fe en Dios, y cree en su esposa.

CXL.

¿Preguntas qué es amor? Es un abismo,
Mal y bien, esperanza y desaliento,
Antídoto y veneno á un tiempo mismo,
Odio y pasión, deleite y sufrimiento.

CXLI.

Viejos y nuevos, grandes y pequeños,
Los ídolos pasando
Desde el cielo á la tierra, van echando
Pasadizos de fe, puentes de sueños.

CXLII.

¿Qué es preciso tener en la existencia?
Fuerza en el alma y paz en la conciencia.

CXLIII.

Adoré tanto á Estrella,
Que, á pesar de su edad y de la mía,
Siempre que me habla con los ojos ella,
Yo la oigo con los míos todavía.

CXLIV.

Cuando dudaba de ella, vacilaba;
Pero ya no vacilo:
Su amor, mientras dudé, me atormentaba;
Hoy sé que me es infiel y estoy tranquilo.

CXLV.

Eres el tipo raro
De esas que hacen un velo del descaro.

CXLVI.

Tu mano de marfil, que antes ardía,
Ya me suele quemar de puro fría.

CXLVII.

Tratad con indulgencia
A aquel que hace lo innoble con decencia.

CXLVIII.

No olvides un instante
Que es quedarse detrás no ir adelante,

CXLIX.

¿Por qué saben las gentes que has pecado?
Lo saben porque rezas demasiado.

CL.

Alegra el ver á las mujeres bellas,
Como idealiza el alma el ver estrellas.

CLI.

¿Qué saqué al fin de los amores míos?
La cabeza caliente y los piés fríos.

CLII.

Eres después de vieja
Sirena inversa que, si llama, aleja.

CLIII.

Es cosa en ellos y ellas convenida,
Dar ellas la virtud y ellos la vida.

CLIV.

Todos lo han conocido:
¿Va con uno y bosteza? Es su marido.

CLV.

Se hace también, merced á la conciencia,
En los lechos de pluma, penitencia.

CLVI.

Al pedirme la luna muchas bellas,
Yo les dí el sol, la luna y las estrellas.

CLVII.

Ya tanto tu virtud exteriorizas,
Que á fuerza de pudor escandalizas.

CLVIII.

¡Cuánto desventurado
Hay, que cree conquistar y es conquistado!

CLIX.

¡Cuán feliz es el que oye eternamente
El mismo ruido de la misma fuente!

CLX.

Feliz tú que tan sólo has disfrutado
La embriaguez de lo real en lo soñado.

CLXI.

Hay mujer que se juzga tan despierta
Que siempre piensa el mal y nunca acierta.

CLXII.

Dice esa infame que por mí ha sabido
Que el hombre es un demonio pervertido.

CLXIII

Yo una vez tuve amores
Con una mujer fiel... ¡horror de horrores!

CLXIV.

Te vendí y me vendiste: está bien hecho:
La venganza, en España, es un derecho.

CLXV.

Amantes y no amantes
Me dicen que, como eres tan hermosa,
Parecen tus pendientes de brillantes
Dos gusanos de luz junto á una rosa.

CLXVI.

Sin los puntales de la fe, algún día
La bóveda del cielo se caería.

CLXVII.

Aunque un ángel lo llene de agua pura,
Todo vaso es un cáliz de amargura.

CLXVII.

A un tiempo nos deleita y nos maltrata
La preciosa Angelita,
Pues es mujer que, si nos mira, mata,
Y, si vuelve á mirar, nos resucita.

CLXIX.

Diría la verdad, si te jurara
Por los dioses mayores y menores,
Que son los hoyos de tu hermosa cara
El nido de mis últimos amores.

CLXX.

Hay Cresos que con ansia desmedida
Gastan la vida en apilar dinero,
Sin calcular primero
Que el oro vale menos qne la vida.

CLXXI.

Busqué la ciencia, y me enseñó el vacío.
Logré el amor, y conquisté el hastío.

CLXXII.

EN LA MUERTE DE ZORRILLA.

Por bueno y por glorioso, el cielo quiso
Que subiese al Edén, que merecía,
El último cantor, que descendía
Del primer ruiseñor del Paraíso.

CLXXIII.

Ha muerto, y desde ahora, sus despojos
Ya se verán, más que de pié, de hinojos.

CLXXIV.

De él, y de su amor, y de tu fe, y de todo,
Hará el deshielo de la nieve, lodo.

CLXXV.

Teme más, el que es bueno,
A su propio desprecio, que al ajeno.

CLXXVI.

Te ví ayer, y perdona si al momento
Contigo me casé de pensamiento.

CLXXVII.

Por falta de virtud ó de memoria,
Mientes más tú que el que inventó la historia.

CLXXVIII.

¿Niegas que fuiste mi mejor amiga?
Bien, bien; lo callaré: nobleza obliga.

CLXXIX.

Si miro de tus ojos al espejo
Conozco que no sirvo para viejo.

CLXXX.

Soy en creer las cosas tan rehacio,
Que solamente leo
La historia, como un viaje de recreo
Por los campos del tiempo y del espacio.

CLXXXI.

Es grande en extensión el océano,
Pero es más grande el corazón humano.

CLXXXII.

Tan sólo con mirar, ó dar la mano,
Vas causando más fiebres que un pantano.

CLXXXIII.

La muerte, por nosotros tan temida,
Es un cambio de frente de la vida.

CLXXXIV.

Suele morir el hombre en los momentos
En que empieza á ordenar sus pensamientos.

CLXXXV.

No hay una luz más bella, que la nube
Del humo del hogar que al cielo sube.

CLXXXVI.

Da al diablo, el hombre, la existencia entera
Y le dedica á Dios la hora postrera.

CLXXXVII.

¿Te casaste? Pues bien, ya has conquistado
Frío hogar, mesa muda y lecho helado.

CLXXXVIII.

Cuando ames, Esperanza, ten presente
Que lo hermoso del hombre está en la frente

CLXXXIX.

Hombre, no temas al infierno tanto,
Que el pecador, cuando se casa, es santo.

CXC.

Pues te robó á mi amor, que sufra en calma
Que tú y yo nos besemos con el alma.

CXCI.

Si al morir va al infierno mi marido,
Es que vuelve al país en que ha nacido.

CXCII.

Al fin te consagraste á los altares,
Más bien que por tu fe, por tus pesares.

CXCIII.

Empleando las frases vagamente
No dice la verdad, y nunca miente.

CXCIV.

Sé por mí que no hay nada más helado
Que el cráter de un volcán si está apagado.

CXCV.

¿Y su amor? Ya está muerto y enterrado,
Pues hay quien ha advertido
Que se limpia al descuido con cuidado
El sitio en que la besa su marido.

CXCVI.

Debí un favor á una mujer muy bella,
Y, aunque fué á precio vil, después de aquello,
Toda mi vida al acordarme de ella
La siento hasta en la punta del cabello.

CXCVII.

No tengais duda alguna,
Felicidad suprema no hay ninguna.

CXCVIII.

Nadie puede librarse en su camino
De los celos con trampa del destino.

CXCIX.

Cree que ya en otra vida, ha sido un reo
Á quien ahorcó el verdugo, y yo lo creo.

CC.

Aprende á ver sin pena
Que tendrá su ambición su Santa Elena.

CCI.

¿Qué son la gloria, ni el poder, si en suma,
La gloria aburre y el poder abruma?

CCII.

Cazadores y amantes
Cautivan fascinando con reflejos:
Unos cazan mujeres con diamantes,
Y otros cogen alondras con espejos.

CCIII.

Teniendo á dos para llenar las horas,
Ríes con uno y con el otro lloras.

CCIV.

Teresa España, á Dios; aún que no quiera
Te he de olvidar, lo sé.... cuando me muera.

CCV.

A fuerza de estudiado, es un marido
Más necio que Homero traducido.

CCVI.

Cosas que nunca ha comprendido mi alma,
Bailar con frenesí y amar con calma.

CCVII.

Ya la vida desdeño
Al ver que, más que un sueño, es un mal sueño.

CCVIII.

Además del perdón que me has pedido,
Te concedo el desprecio y el olvido.

CCIX.

Dadme sangre española
Que, sin fuego y sin luz, se inflame sola.

CCX.

¿Conque tienes amores
Con una mujer fiel? ¡Horror de horrores!

CCXI.

Es tal mi somnolencia,
Que, aunque estoy en Madrid, vivo en Valencia.



CANTARES



TERCERA PARTE



CANTARES

AMOROSOS

I.

La amo tanto, á mi pesar,
Que, aunque yo vuelva á nacer,
La he de volver á querer
Aunque me vuelva á matar.

II.

Desde que perdí el encanto
De mi primera pasión,
No he entrado en mi corazón
Por no morirme de espanto.

III.

No esperes que una mudanza
Me dé la tranquilidad;
Que amo en tí más la esperanza,
Que en otras la realidad.

IV.

Si hago al juicio una llamada,
Me responde el corazón
Que si hay juicio no hay pasión,
Y si no hay pasión no hay nada.

V.

Como no vives tú en mí,
Vivo en tí, más no consigo;
Y hasta no vivo conmigo,
Como vivo solo en tí.

VI.

Está tu imágen, que admiro,
Tan pegada á mi deseo,
Que si al espejo me miro,
En vez de verme, te veo.

VII.

Perdí media vida mía
Por cierto placer fatal,
Y la otra media daría
Por otro placer igual.

VIII.

Más cerca de mí te siento
Cuando más huyo de tí,
Pues tu imágen es en mí
Sombra de mi pensamiento

IX.

Sueñe ó vele, no hay respiro
Para mi ardiente deseo,
Pues sueño cuando te miro
y cuando sueño te veo.

X.

Prometo que te he de amar,
Pero me has de prometer
Que sólo me has de engañar
Si me dejas de querer.

XI.

Tu bien es mi gran contento,
Tu mal mi mayor sufrir,
Pues siento más tu sentir
Que lo que yo mismo siento.

XII.

¡Qué razón tiene mi amor
Cuando te jura y rejura
Que, aunque grande, es tu hermosura
De tus gracias la menor!

XIII.

¿Quién, niña, se te figura
Que amará con más verdad,
Mis sentidos tu hermosura,
Ó el corazón tu bondad?

XIV.

Cuantos te han tratado y tratan,
En tu amor aprender suelen,
Todos, las penas que duelen,
Yo, los dolores que matan.

XV.

Aunque esté muerto de cierto,
En nombre suyo llamadme;
Si no respondo, enterradme,
Porque de cierto estoy muerto.

XVI.

Marcho á la luz de la luna
De tu sombra tan en pos,
Que no hacen más sombra que una
Siendo nuestros cuerpos dos.

XVII.

Me causas tanto pesar,
Que he llegado á presumir
Que mucho me debe amar
Quien tanto me hace sufrir.

XVIII.

Todos pagan la traición
Con el odio y el puñal;
Yo te pagué el mismo mal
Con el amor y el perdón.

XIX.

Si indócil á mis consejos
Vas de mi cariño á huir,
Yo me voy mucho más lejos,
Porque me voy á morir.

XX.

Nunca, aunque estés quejumbrosa,
Tus quejas puedo escuchar,
Pues como eres tan hermosa,
No te oigo, te miro hablar.

XXI.

Dios, que nos crió á los dos,
Podrá hacer que yo me muera:
Pero hacer que no te quiera,
Dios podría.... porque es Dios.

XXII.

Un día á Richmond subí,
¡Y cuán bello lo hallaría,
Que, perdóname, aquel día
Fuí feliz hasta sin tí!

XXIII.

Las malas son esas penas
Que sin matar nos maltratan;
Las que de un golpe nos matan,
¡Esas sí que son las buenas!

XXIV.

Ten paciencia, corazón;
Que es mejor á lo que veo,
Deseo sin posesión
Que posesión sin deseo.

XXV.

Así, en inútil porfía,
Pasa esta vida traidora:
Yo pidiéndote que *ahora*,
Tú diciendo que *otro día*.

XXVI.

Aun dí poco por tu amor,
Aunque por él dí, constante,
Veinte años por un instante,
La dicha por un favor.

XXVII.

Vengo á pedirte perdón;
No puedo luchar contigo,
Pues mi mayor enemigo
Es mi mismo corazón.

XXVIII.

¡Ay! ¿por qué haciendo, perjura,
Dos veces fatal mi historia,
Me arrebatas la ventura
Dejándome la memoria?

XXIX.

Para pintarte, querida,
Mi existencia de una vez,
Lee el resumen de mi vida:
—Una tarde en Aranjuez.—

XXX.

Absorto en tí mi deseo,
Tan sólo en tu amor creí;
Pero ahora nada creo,
Desde que no creo en tí.

XXXI.

Si en tu gracia he de creer,
Quiero tus gracias mirar,
Pues mal te podré aprender
Si no te puedo estudiar.

XXXII.

Ir hacia Atocha la ví;
La seguí, miré, miró;
Y no *vine, ví* y *vencí*;
Yo vine, ví, y me venció.

XXXIII.

Es tanta mi ceguedad,
Que te amo, aunque estoy seguro
Que con amarte aventuro
Mi dicha en la eternidad.

XXXIV.

Tú presumes, y no es cierto,
Que yo te oculto una cosa;
Y sólo te oculto, hermosa,
El llanto que por tí vierto.

XXXV.

Porque en dulce confianza
Contigo una vez hablé,
Toda la vida pasé
Hablando con mi esperanza.

XXXVI.

Vuélvemelo hoy á decir,
Pues, embelesado, ayer
Te escuchaba sin oir
Y te miraba sin ver.

XXXVII.

En la fiesta de San Blas
Reïste tanto con él,
Que desde entonces, ¡infiel!
No he vuelto á reir jamás.

XXXVIII.

Mientras bebí descuidado
El filtro de sus amores,
Me mató, cual los traidores,
Al descuido con cuidado.

XXXIX.

Tus perfecciones al ver,
Suelen los hombres decir:
—Sólo por verla, nacer;
Después de verla, morir.—

XL.

¡Pérfida! te odio; mas creo
Que al mismo tiempo te adoro,
Pues maldigo, si te veo,
Y si no te veo, lloro.

XLI.

Tras tí cruzar un bulto
Ví por la alfombra;
Ciego el puñal sepulto....
Y era tu sombra.
¡Cuánto, insensato,
Te amo, que hasta de celos
Tu sombra mato!

XLII.

Que es matarme confieso,
El olvidarme:
Aborréceme, que eso
Ya es recordarme.
Por Dios te pido
Que me entregues al odio,
Mas no al olvido.

EPIGRAMÁTICOS

XLIII.

Que me vendiste se cuenta,
Y añaden, para tu daño,
Que te dieron por mi venta
Monedas de desengaño.

XLIV.

Que es corto sastre, preveo,
Para el hombre la mujer,
Pues siempre corta el placer
Estrecho para el deseo.

XLV.

Siempre se rinde mejor
La fuerza de tu conciencia
Á un grano de violencia
Que á cien quintales de amor

XLVI.

Porque esté más escondido,
De tal modo te lo cuento,
Que entre mi boca y tu oido
No quiero que esté ni el viento.

XLVII.

El mismo amor ellas tienen
Que la muerte á quien las ama;
Vienen, si no se las llama,
Si se las llama, no vienen.

XLVIII.

Sin antifaz te veía
Y una vez con él te ví;
Sin él no te conocía,
Mas con él te conocí.

XLIX.

Ni te tengo que pagar,
Ni me quedas á deber;
Si yo te enseñé á querer,
Tú me enseñaste á olvidar.

L.

A un mármol Pigmalión
Le dió de mujer el ser,
Y en mí cambió una mujer
En mármol mi corazón.

LI.

Si te ha absuelto el confesor
De aquello del Cabañal,
Ó tú te confiesas mal,
Ó él te confiesa peor.

LII.

Por mucho que el tren corría,
Corre tanto un—-yo te adoro—
Que era tuyo en Valdemoro,
Y en Aranjuez ya eras mía.

LIII.

¡Qué bien supiste aprender
Lo que dice cierto autor:
Que suele en lances de amor
Ser la mentira un deber!

LIV.

¡Que no me conoce, ayer
juró por no sé qué santo!
¿Cómo me ha de conocer
Si yo la conozco tanto?....

LV.

Mira que ya el mundo advierte
Que, al mirarnos de pasada,
Tú te pones colorada,
Yo pálido cual la muerte.

LVI.

Cuando pasas por mi lado
Sin tenderme una mirada,
¿No te acuerdas de mí nada,
Ó te acuerdas demasiado?

LVII.

Aunque al salir tú del puerto
Quedé más muerto que vivo,
Verás, por esta que escribo,
Que, con efecto, no he muerto.

LVIII.

Levanta ese rostro inquieto,
Y el mirarme no te asombre;
Que, aunque agraviado, soy hombre
Que muero con mi secreto.

LIX.

Yo no soy como aquel santo
Que dió media capa á un pobre;
Ten de mi amor todo el manto,
Y si te sobra, que sobre.

LX.

Es el amor un galán
Que ni hambre ni hartura quiere,
Pues lo mata el mucho pan,
Y con poco pan se muere.

LXI.

Con desdén me has molestado,
Y hoy con celos me molestas,
Y más bostezos me cuestas
Que suspiros me has costado.

LXII.

No engañarías, á fe,
Su fe con tan buenos modos,
Si éste, y aquél, y ese, y todos
Supieran lo que yo sé.

LXIII.

Cual vil cazador me trata
La cazadora á quien amo:
Se esconde, saca el reclamo,
Va la perdiz, y la mata.

LXIV.

Testigo de eterno amor,
Le dí una flor á mi amante;
Mi suerte fué que la flor
Tan solo duró un instante.

LXV.

Quisiera al jardín volver
De tu cariñoso amor,
Si se pudiera cojer
Dos veces la misma flor.

LXVI.

Pues yo la perdiz anhelo,
El mochuelo es para tí;
O bien para tí el mochuelo,
Y la perdiz para mí.

LXVII.

Como en la iglesia te ví
Después de lo de la fiesta,
Me santigüé y prorrumpí:
—¿Quién dirá que aquella es esta?—

LXVIII.

Sin saber decir por qué es,
Para los malos amantes,
Todas son discretas antes,
Y todas tontas después.

LXIX.

Con tanto placer cruzamos
El túnel de Elda los dos,
Que al salir de él exclamamos:
—¿No habrá otro túnel, gran Dios?—

LXX.

Lo recuerdo de tal modo,
Que aun creo que estoy mirando
Cómo fuiste colocando,
Mano, pie, cabeza y todo.

LXXI.

Cuando cobrar una de uno
Quiere prenda que aún no dió,
Esa una vendió á alguno
Lo que alguno no pagó.

LXXII.

Ya sé que aunque perdí en ello,
He perdido tu amistad,
Desde que hablando de aquello,
Te dije aquella verdad.

LXXIII.

Por más que sobre árbol bueno
Otro mejor he injertado,
Nunca hay fruta en mi cercado
Como en el cercado ajeno.

LXXIV.

No hay quien en suerte te venza,
Pues aún cree la multitud
Que es pudor de tu virtud
El rubor de tu vergüenza.

LXXV.

En vano al pie de un retablo
Le juras á Dios ser fiel;
Después que fuiste de aquél,
Sólo puedes ser del diablo.

LXXVI.

De noche, sólo y á pié,
Voy á tu lado, me acuesto,
Me vuelvo y nadie me vé....
Todo en sueños por supuesto.

LXXVII.

Casi te lo agradecí
Cuando el engaño toqué;
Pues si loco me acosté,
Filósofo amanecí.

LXXVIII.

Loca por mí te figuras,
Mas ya ven los que te advierten,
Que nunca haces más locuras
Que aquellas que te divierten.

LXXIX.

No inquieras con tal constancia,
Si soy ó no soy leal;
Que toda dicha cabal
Nace de alguna ignorancia.

LXXX.

Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia:
Pecar, hacer penitencia,
Y luego vuelta á empezar.

LXXXI.

¡Cuántos deseos cautivos
Te manda mi corazón,
Velados en la expresión
De estos puntos suspensivos! ...

LXXXII.

Entonces, con el deseo,
Sin mirarte te veía;
Pasó algún tiempo; y hoy día,
Si te miro, no te veo.

LXXXIII.

Diciéndolo, no diré
Lo que aquel pinar esconde;
Allí, ya recuerdas dónde,
Nos pasó, ya sabes qué.

LXXXIV.

Pensando que he de morir
A tal desventura llego,
Que como un muerto me entrego
A la dicha de vivir.

LXXXV.

Si es fácil una hermosa,
  Voy y la dejo;
Si es difícil la cosa,
  También me alejo.
  Niñas, cuidad
De amar siempre con fácil
  Dificultad.

FILOSÓFICO-MORALES

LXXXVI.

Por más contento que esté,
Una pena en mí se esconde
Que la siento no sé dónde
Y nace de no sé qué.

LXXXVII.

Fuí un día á la ciudad,
Y me volví al otro día,
Pues mi mejor compañía
Es la mayor soledad.

LXXXVIII.

La vida es dulce ó amarga;
Es corta ó larga ¿qué importa?
El que goza la halla corta,
Y el que sufre la halla larga.

LXXXIX.

Dejándome en paz sufrir,
Puedes, ventura, pasar,
Pues como te has de marchar,
No gozo en verte venir.

XC.

Cuando las penas ajenas
Mido por las penas mías,
¡Quién me diera á mí sus penas
Para hacer mis alegrías!

XCI.

Menor el tormento fuera
De esta duda en que me muero,
Si, cual sé lo que no quiero,
Lo que yo quiero supiera.

LCII.

Decía yo, de amor loco:
—¡Penar tan poco por tanto!
Y dije al perder mi encanto:
—¡Penar tanto por tan poco!

XCIII.

Con tantos pesares lidia
Mi corazón en el mundo,
Que cuando ve á un moribundo,
Casi se muere de envidia.

XCIV.

¡Qué divagar infinito
Es este en que el hombre vive,
Que siente, piensa y escribe,
Y luego borra lo escrito!

XCV.

Mal hizo el que hizo el encargo
De hacer las cosas al gusto;
Todo es corto ó todo es largo
Y nada nos viene justo.

XCVI.

Para divertir su afán
Cantaba á su reja un loco:
—Unos estamos por poco
Y otros por poco no están.—

XCVII.

Tanto suelen mi sufrir
Las desdichas apurar,
Que á veces me echo á reir
Por no poderlas llorar.

XCVIII.

Corro de aquí para allí
Sin que halle mi afán parada,
Y no es porque busco nada,
Es que ando huyendo de mí.

XCIX.

Tenga penas ó contento,
Me nacen á manos llenas,
Por cada placer cien penas,
Por cada pena otras ciento.

C.

El tiempo á todos consuela,
Sólo mi mal acibara;
Pues si estoy triste se pára,
Y si soy dichoso vuela.

CI.

Como asegura un autor,
La muerte es un grande sueño;
Si es bueno el sueño pequeño,
El grande será mejor.

CII.

¡Cómo cansan, cómo cansan
Las horas que van pasando,
Y el no descansar, pensando
Cómo los demás descansan!

CIII.

Pasa un día, y sabe Dios
Que mi atroz melancolía
No siente que pasa un día,
Sino que no pasen dos.

CIX.

Mi deseo es desear,
Más que alcanzar lo que quiero,
Y mejor que lo que espero,
Lo que quiero es esperar.

CX.

Cuándo más desesperado
Voy del cielo á maldecir....
¡Bendigo á Dios, que me ha dado
La esperanza de morir!

CVI.

Con más fe se soportara
La vida, si se pudiera
Llorar cuando se anhelara,
Morir cuando se quisiera.

CVII.

Ya lo gozado y sufrido
Se ha pasado, y claro está
Que si pasó lo venido,
Lo que venga pasará.

CVIII.

Si ayer tropecé bastante,
Hoy tropiezo mucho más:
Antes mirando adelante,
Después mirando hacía atrás.

CIX.

La tumba es al lecho igual;
Pero bien sabido ten
Que en uno se duerme mal,
Y en otra se duerme bien.

CX.

Sufro poco, al recordar
Que ha de acabar mi sufrir;
Ni gozo cuando, al gozar,
Recuerdo que he de morir.

CXI.

Si, como se sabe ya,
El que *espera desespera*,
Quien, como yo, nada espera,
¡Cuál se desesperará!

CXII.

Si entre no haber sido y ser
Hubiera el hombre elegido,
Claro es que hubiera escogido
El no poder escoger.

CXIII.

Del mundo entré en el bazar;
Mas ¡cuánto he sufrido al ver
Que ya es costumbre vender
Cuanto se quiere comprar!

CXIV.

Tengo un consuelo fatal
En medio de mi dolor,
Y es, que hallándome tan mal,
Nunca podré estar peor.

CXV.

Nunca he podido olvidar
lo que me dijo al partir:
—Tú piensa para decir,
Mas no hables para pensar.—

CXVI.

Tarde ví lo inútil que es
Dar gusto á nuestra esperanza;
Pues cuando una cosa alcanza,
Quiere otra cosa después.

CXVII.

Con permiso del Eterno
Dudo cual será mayor,
Si aquel dolor del infierno
O este infierno de dolor.

CXVIII.

Ya ni por saber trabajo,
Que es este mundo de prueba,
Quien sabe por qué me trajo,
Ya sabrá por qué me lleva.

CXIX.

Yo no siento que la suerte
Me abrume cada vez más;
Lo que siento es que la muerte
No llega á tiempo jamás.

CXX.

La dicha es una ilusión,
Pues se puede, en mi sentir,
Una tragedia escribir
Del más feliz corazón.

CXXI.

Ya de sentimiento llena,
Siente en falso el alma mía,
Pues lo alegre me da pena,
Y lo que es triste alegría.

CXXII.

No vengas, falso contento,
Llamando á mi corazón,
Pues traes en la ilusión
Envuelto el remordimiento.

CXXIII.

Dame la vida ¡oh dolor!
Compañero eterno mío,
Pues si no fuera tu amor,
Ya hubiera muerto de hastío.

CXXIV

Después que ya se ha agotado
Todo humano sufrimiento,
Siempre hay un nuevo tormento
Para un viejo atormentado.

CXXV.

Llorar de placer se suele,
Y es que en nuestro corazón
Hay siempre una vibración,
Que, aún con el placer, nos duele.

CXXVI.

Mucho sabría, en verdad,
Si supiera la razón
Dónde acaba la ilusión
Y empieza la realidad.

CXXVII.

¡Infeliz del que en la tierra
Las ilusiones perdió
Y está además, como yo,
Con sus recuerdos en guerra!

CXXVIII.

Llaman vida á ir de esta suerte
Hasta que el cuerpo sucumba,
En agonías sin muerte,
Y en una muerte sin tumba.

CXXIX.

Ayer sudé por ganar
Lo que hoy me causa desgana,
Y hoy sudo por alcanzar
Lo que me aburra mañana.

CXXX.

Cuando con fe inextinguible
Pretendas dichoso ser,
Lo primero que has de hacer,
Es discutir *si es posible.*

CXXXI.

Piensa con ojos serenos
Cómo y cuándo morirás;
Que siendo el morir lo más,
El cómo y cuándo es lo menos.

CXXXII.

Mi madre, que me amaba
Con desvarío,
Siempre al verme exclamaba:
—¡Consuelo mío!
¡Y hoy, santo cielo!
Quién consolar pudiera
A aquel consuelo!

CXXXIII.

Te enseñó, pues quisiste,
Toda su ciencia,
¿Y hoy le preguntas ¡triste!
Por tu inocencia?
¿Cómo, ¡imprudente!
Querías, siendo sabia,
Ser inocente?

FIN


SIEMPRE * SIEMPRE * ADELANTE * ADELANTE